

“DE CADDIE DE GOLF, A CONQUISTAR LOS MERCADOS DEL MUNDO”

Enrique Bertini

Los orígenes

Nací en Modena, Italia, un 23 de abril de 1936. A los doce años, me embarqué con mis padres hacia la Argentina. En junio del '48, nos instalamos en Rosario, donde teníamos unos parientes. En agosto comencé la escuela primaria, sin siquiera conocer el idioma.

La transición fue dura para mi padre. En Italia, teníamos nuestra propia finca, que nos permitía vivir cómodamente. En la Argentina, tuvo que arrancar como peón. Pero eligió hacer este sacrificio por el bien de la familia, temeroso de que una nueva guerra desgarrara el Viejo Mundo.

Tuve una infancia muy humilde, y de chico tuve que aprender a mantenerme solo. Los sábados y domingos trabajaba como caddie en el golf. Con esos pesos, vivía toda la semana y me compraba los libros para estudiar en la escuela técnica.

Las primeras experiencias industriales

A los catorce años, entré como aprendiz en un taller metalúrgico. Era la época en que Perón había cerrado la importación. Como no entraban repuestos, hacíamos partes de Ford A y Ford T. En aquel taller aprendí a usar el torno. Tres años después, a los diecisiete, ya era oficial tornero. A los dieciocho me gradué como Técnico Mecánico y entré como dibujante a una fábrica de maquinaria agrícola de Rosario.

En el '55, el mismo año de la Revolución Libertadora, ingresé a la Facultad de Ingeniería. Pero al poco tiempo abandoné. Retomé años después, en el '61, y después de ocho años me gradué de Ingeniero Mecánico en la Universidad Tecnológica Nacional. En aquel entonces, ya estaba casado con Mercedes y había tenido a Enrique Rubén, mi primer hijo.



Levante Automático, el primer producto de Ing. Bertini. 1976.

Trabajé veinte años en aquella fábrica de maquinaria agrícola, pasando por distintas áreas y viajando por todo el país. Así, de a poco, me fui convirtiendo en un especialista en el rubro.

En el '71, me contrataron como jefe de mantenimiento en una fábrica de papel, donde tuve la oportunidad de trabajar con grandes máquinas. Esas dos experiencias profesionales fueron clave en mi formación. Me dieron la base técnica y empresarial, para comenzar con mi propio proyecto industrial.

Ing. Bertini, crecimiento al compás de la economía nacional

En 1976, decidí abrir mi propio taller. Con un viejo torno y una agujereadora, empecé a fabricar componentes de sembradoras en el garage de mi casa de Rosario. Así nació la empresa Ing. Bertini.

De a poco, fui sumando operarios y aumentando la escala de producción. En el '84, fabriqué mi primera sembradora completa. En el '88, hice la primera máquina de siembra directa. Fui uno de los pioneros de aquel rubro. Hacia la primera mitad de la década del '90, ya estábamos consolidados en la producción de máquinas para siembra directa. Crecimos hasta finales de los '90, conquistando un lugar en el mercado y convirtiendo a nuestra marca en sinónimo de calidad y confiabilidad.



Nuestro primer galpón, inaugurado en 1982.

El 2001 fue muy difícil, pero seguimos adelante con la producción. Tuve que reducir las horas extra, pero jamás suspendí a nadie. Respeto mucho a la gente que me acompaña y me juego por ella.

No es fácil hacer industria en la Argentina, con tantas fluctuaciones en la economía. Si hemos podido subsistir a todos los vaivenes, es porque siempre hemos sido cuidadosos. No tengo yates ni ferraris. Todo lo que gané, lo volví a invertir en la fábrica. Y jamás he pedido un crédito. Si tengo compro. Si no tengo, no compro.

Ing. Bertini, hoy

Hoy tenemos 130 colaboradores en nuestra planta de 20.000 metros cuadrados cubiertos de la ciudad de Rosario. Nos especializamos en la producción de sembradoras para siembra directa. Tenemos veinte modelos de máquinas, especialmente adaptados para distintos tipos de suelos.

Exportamos un 25% de nuestra producción. Nuestras máquinas se venden en Uruguay, Bolivia, Colombia, Francia, Ucrania y Rusia. Viajo continuamente



Vista del taller de fabricación de componentes de sembradoras. 1982.

a ferias del exterior para mantenerme actualizado en las últimas tecnologías, y para abrir nuevos mercados.

La nuestra, es una de las fábricas más tecnificadas de la Argentina, con un alto grado de robotización de la cadena de producción. Esto nos permite brindar a nuestros clientes un equipamiento sólido y confiable.

El factor clave de este éxito ha sido la gente. Tengo un grupo humano excelente, animado por el espíritu de familia. En la fábrica, no me siento el dueño, sino el administrador. Todos trabajamos codo a codo, y almorzamos juntos. Siempre estoy dando vueltas por la planta, y no me gusta que haya alguien que se sienta mal conmigo. Yo quiero poder mirar a todo el mundo a los ojos.

Gremialismo empresario

Además de mis actividades como empresario, siempre he dedicado tiempo a la participación en las cámaras. Entre 1998 y 2002, fui Presidente de la Cámara Argentina Fabricantes de Maquinaria Agrícola (CAFMA), desde donde participo



Nuestra primera sembradora convencional. 1983.

en ADIMRA. Mi gestión tocó justo durante los años en que la industria argentina sufrió la peor crisis de su historia.

Es importante que todos participen. Las cámaras aportan mucho. Nos permite defender nuestros intereses y formular pedidos conjuntos al gobierno para fortalecer el desarrollo de nuestras industrias.

En el mercado, tal vez seamos competidores. Pero, en la cámara, los fabricantes de maquinaria agrícola somos aliados, y compartimos mucha información. Es que, al final de cuentas, viajamos todos en el mismo barco.

El legado

Estoy casado con Mercedes, con quien tengo dos hijos. El mayor, Enrique, es ingeniero. La menor, Andrea Vanina, es contadora. Ambos trabajan conmigo en la fábrica. Ellos me dieron seis nietos. Uno de ellos, Mariano Enrique, estudia ingeniería y también colabora en la empresa. Es el primer representante de la tercera generación.



Nuestra primera sembradora de siembra directa de cereales y pasturas. 1988.

Me produce un inmenso orgullo ver el camino recorrido. Aquel chico que, sábados y domingos cargaba palos de golf para ganarse unos pesos, fue protagonista de una historia industrial que dio trabajo a mucha gente por muchos años, y generó una gran riqueza para el país.

La industria me permitió conocer el mundo. He visitado, Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Francia, Italia, España, Australia, Rusia, Irán, entre otros países. Tengo amigos en todos ellos. Mis viajes me dieron perspectiva, me permitieron apreciar los dones de la Argentina. Nuestro suelo es el mejor del mundo para la agricultura. Tenemos una combinación de factores única para ser líderes mundiales. Este es un país maravilloso, y los argentinos tenemos que aprender a cuidarlo. Tenemos que volver a la cultura del trabajo y el esfuerzo que nos convirtieron en una potencia.

Es la cultura que yo tuve de chico. Es que, la mía, es una historia de esfuerzo. Me costó mucho estudiar, y me costó mucho hacer la empresa. Siempre trabajé catorce horas por día.

Espero que los continuadores sepan apreciar este esfuerzo, y sigan adelante. El paso de una generación a otra es difícil. Y mis hijos nacieron en un contexto muy diferente. Ellos no tuvieron que cargar palos de golf para pagarse los estudios. Nunca les faltó nada. No se formaron dentro del taller, como lo hice yo.



La construcción de las nuevas naves de la fábrica. 1988-1990.



Nuestras sembradoras de siembra directa en la exposición rural de Palermo. 1990.

De una cosa estoy seguro: si saben reconocer mi esfuerzo y respetan el camino que les tracé, tienen por delante una oportunidad fabulosa de acrecentar el desarrollo de la Argentina, a través de la industria y la producción. Me hace muy feliz pensar que tienen las condiciones para lograr que este sueño se me cumpla.